

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 398

Madrid, 8 de Septiembre de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.

RENACIMIENTO RELIGIOSO

LA CONFERENCIA DE LAUSANA



ESPAÑA EVANGÉLICA, que honró hace pocos días sus columnas con la reproducción de un artículo, hermoso como todos los suyos, de Augusto Barcia, sobre la Conferencia de Lausana, tan mal comprendida y juzgada por nuestros clericales, vuelve a honrarlas hoy reproduciendo un artículo de Roberto Werner, el corresponsal de «La Semaine Religieuse», de Ginebra, que asistió a tan magna Asamblea.

LA Conferencia universal sobre la fe y el orden terminó oficialmente sus trabajos el 20 de Agosto próximo pasado. Llegó — sea dicho sin segunda intención — a buen puerto. Ha sonado poco. Pero no es por el ruido de celebrarse, por el relumbrón exterior, como se han de medir los hechos históricos. Mi opinión es que la *Conferencia de Lausana es un acontecimiento notable en la historia de los esfuerzos hacia la unidad cristiana*. Al escribir estas palabras yo retiro — *errare humanum est* — la mayor parte de las reservas y críticas anticipadas hechas por mí aquí y allá respecto de dicha Conferencia.

De que se haya celebrado la Conferencia de Lausana debemos estar profundamente agradecidos a Dios, en primer lugar; luego, a los organizadores del Congreso; y entre éstos, muy especialmente al obispo Brent, profeta y precursor de la unidad cristiana. Un orador ha dicho en ella muy oportunamente: «No volveremos a ser, después de esta Conferencia, lo que fuimos antes de ella». Señala, no una finalidad, sino un punto de partida de incalculable importancia, siempre que las iglesias marchen por el camino que acaba de abrirse. Ideas frecuentemente contradictorias, excluyéndose mutuamente, se han manifestado en Lausana. Pero, a pesar de las diversas opiniones dadas a luz, no ha sido pronunciada ninguna palabra mortificante para el prójimo perteneciente a otra iglesia. Un respeto constante hacia el pensamiento de los demás ha reinado desde el principio al fin del Congreso, hecho que merece mención, puesto que se discutían los puntos que más han dividido en todo tiempo a iglesias y cristianos.

Hubo rasgos de verdadera delicadeza respecto a los que no participaban de las mismas convicciones. No olvidaré nunca, por ejemplo, el momento en que los miembros de la Conferencia se dieron cuenta de que al expresarse como lo habían hecho en una de las Memorias, se corría el peligro de excluir a la Sociedad de los Amigos (cuáqueros). Y no se dieron punto de reposo hasta encontrar una fórmula que, aunque expresando claramente la divergencia de opiniones, abrazara en la gran familia cristiana, desde los luteranos, muy estrictos en su interpretación de los sacramentos, hasta los cuáqueros, que no practican el bautismo ni la Santa Cena en su vida cultural.

La última semana ha sido consagrada principalmente, en sesiones de secciones y en sesiones plenarias, al estudio del mensaje general a la Cristiandad, que fué adoptado por unanimidad de la Conferencia. Este mensaje, cuyo título es el de «Preámbulo», sirve de introducción a las diferentes «Memorias» o «Informes» que resumen el resultado de las deliberaciones de Lausana.

La Memoria titulada *El mensaje de la Iglesia al mundo: el Evangelio*, fué aprobado también por unanimidad. En cuanto a las Memorias sobre la *naturaleza de la Iglesia*, la *confesión de fe común a la Iglesia*, el *ministerio cristiano* y los *sacramentos*, fueron aceptadas sin votos de oposición; pero los representantes de las Iglesias orientales declararon que se abstendían de votar en estas memorias, porque no podían adherirse a todos sus puntos.

La Memoria sobre la *unidad de la Cristiandad en sus relaciones con las Iglesias existentes* no fué recibida lo mismo que las demás. Era de inspiración netamente protestante, y una fracción de los anglicanos (ciertos anglocatólicos) no podía adherirse a todo lo que en ella se expresaba. Hecho lamentable, pero que demuestra claramente que los espíritus no estaban suficientemente preparados para la discusión, y mucho menos para la adopción de las ideas expuestas en dicha Memoria.

Esta no será, pues, incorporada al mensaje de la Conferencia a las Iglesias, pero se enviará para su estudio al Comité de continuación.

Nuestras iglesias deberán estudiar concienzudamente las Memorias, así como el Preámbulo. A primera vista, parecerán incoloras. Pero examinadas detenidamente, creo que constituirán documentación importante y precioso instrumento de trabajo.

Todas empiezan enumerando los puntos en que la conformidad ha sido posible, y ha podido comprobarse que en la mayoría de los casos el acuerdo fué más extenso de lo que se había esperado. Luego expone cada Memoria con verdadera franqueza y detalles los puntos en que la inteligencia se hizo imposible. Se indican exactamente las divergencias de opinión sobre la naturaleza de la Iglesia, y sobre el concepto del ministerio cristiano y los sacramentos. La Conferencia sentó, desde luego, el principio de evitar compromisos, así como las fórmulas ambiguas y susceptibles de crear falsas interpretaciones. No ha sido disimulada ninguna diferencia de criterio, y cada vez que una Memoria no expresaba con bastante claridad un punto de controversia, no faltaba quien se levantase proponiendo una redacción más categórica que evitase todo equívoco.

Por tal razón, las diversas Memorias votadas por la Conferencia serán extremadamente útiles. Exponen los puntos de acuerdo y la divergencia de opiniones de las diferentes confesiones cristianas sobre cuestiones de dogma y organización. Con bases tan sólidas se podrá trabajar útilmente en la gran tarea que la actualidad impone, y que consiste en realizar, no ya la unión exterior en la uniformidad, sino la unidad espiritual en Cristo.

De tal unidad hemos tenido a veces espléndida visión en el Congreso de Lausana. Hasta la última semana pudo haber la inquietud de que los reunidos se limitasen a emitir, respecto a los puntos más culminantes que separan a las iglesias, fórmulas vagas a fin de conciliar a todos y no satisfacer a nadie. No fué así. La

SUMARIO

Renacimiento religioso: La Conferencia de Lausana (Robert Werner). — Siguiendo a Jesús (Joaquín Mezo). — Carta abierta (Jaime Torrubiano Ripoll). Padre nuestro. — Calendario hebraico. — Impresiones de un viaje a Alemania (Damián Pedrosa). — Información Evangélica. — Bajo la influencia de Calvino, por Débora Alcock. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

Conferencia de Lausana ha tenido el valor de afirmar la necesidad de la unidad («Dios quiere la unión») y de no ocultar los puntos en que los cristianos de hoy están desunidos.

* * *

Terminaré refiriendo una interesante escena presenciada por mí en una de las sesiones. Sentados en el mismo banco había dos hombres muy diferentes: un asiático del Extremo Oriente y un representante de la Iglesia ortodoxa.

El primero, pequeñín, endeble, de gesticulación nerviosa y ojos chispeantes de vida. El otro, dignatario eclesiástico de solemne aspecto, sobre cuya ropa negra se destaca una cruz de oro constelada de piedras preciosas. Están uno al lado del otro, extraños en apariencia. Al cabo de algunos minutos, se encuentran sus miradas. Se aproximan e intentan entenderse. El oriental habla inglés. El ortodoxo hace signos de que no comprende, y, al parecer, se expresa en francés. Incomprensión del primero, que ensaya sin éxito otra lengua europea. Momento embarazoso. Los dos hablan al mismo tiempo locuazmente, quizá en su propia lengua cada uno. Están inquietos, impacientes, porque no consiguen entenderse... De pronto, súbitamente, se animan sus rostros, se dan un apretón de manos y yo oigo una sola palabra, una sola, pronunciada con muy distinto acento, pero suficiente para identificarse y reflejar la alegría en sus ojos: «Jesucristo».

Sí, Jesucristo, el Salvador común a todos los hombres, al europeo, al asiático, a todas las razas. A veces no pueden entenderse por palabras; sus ideas se encuentran difícilmente. Pero en cuanto comulgan juntos en la persona de Cristo, se sienten «uno» mismo. Y yo pensaba, contemplando aquellos hombres, que todo el problema de la Conferencia de Lausana — lo mismo el de la federación y unión de las iglesias que el de la unidad espiritual entre individuos — se contiene en un solo nombre: Jesucristo. Él no ha sido nunca causa de división alguna.

Pero los discípulos, por no haber vivido su espíritu, han sido durante siglos, y son todavía, víctimas de casi innumerables divisiones. Acerquémonos a Él como iglesias y como individuos, y realizaremos la verdadera unidad de hijos de Dios, a la cual somos llamados.

ROBERTO WERNER

(De *La Semaine Religieuse*, de Ginebra).

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

COMPRENDERÁN nuestros lectores que una Asamblea que es casi un concilio, dura tres semanas, y tiene por programa de estudio el ya publicado en nuestro semanario, no puede reseñarse con la ligereza y facilidad de otras grandes reuniones de cristianos.

Todo lo que hemos leído acerca del asunto coincide en señalar la intensidad con que se ha trabajado en las sesiones públicas y en las comisiones, y el valor positivo del cúmulo de ideas, observaciones, datos históricos y experiencias, atesorado en los discursos y los *reports*. El volumen que a su tiempo aparezca tendrá un valor enorme.

Lausana ha venido a mostrar *mundialmente* que la Reforma religiosa del siglo XVI no fué un accidente, ni un capricho, ni una catástrofe, sino la rectificación de seculares errores y el principio de una nueva experiencia que el pueblo fiel haría para vivir el Cristianismo en el espíritu de libertad que el Evangelio había proclamado. El Protestantismo no es una herejía cuya desaparición sea deseable, sino una concepción evangélica del Cristianismo, que tiene derecho a sobrevivir, que ha influido para bien en todas las Iglesias, y que aun ha de moderar, si no anular, las tendencias mecánicas y supersticiosas a que propenden algunas secciones de la Iglesia y que alcanzan su máximo dominio en la de Roma.

A reserva de volver sobre este asunto con nuevas informaciones y comentarios, queremos hacer partícipes a nuestros lectores de las impresiones finales que el magno acontecimiento sugiere al pastor Adolfo Keller, y que éste comunica al *British Weekly*.

Impresiones del Dr. Keller.

1.^a La Conferencia reveló la gran necesidad espiritual y el desasosiego esperanzado del Cristianismo actual, y afirmó su creencia, mediante la oración unida, la adoración y la meditación, de que el Cristo viviente es la única salvación de un mundo caótico. Más que toda unidad dogmática vale la gran experiencia de que todas las Iglesias miran hacia el Cristo viviente, la encarnación del amor de Dios, y a su Evangelio como el centro de su fe y actividad.

2.^a Las Iglesias han renunciado a sus antiguos anatemas, y pueden soportar sus mutuas diferencias sin perder el espíritu de compañerismo fraternal. Descubriendo la unidad en la diversidad, han encontrado una nueva manera de orar, creer, pensar y trabajar juntas.

3.^a Han aprendido a conocerse unas a otras en sus más profundos móviles y más elevadas aspiraciones. Puedo afirmar tranquilamente que ésta es la primera vez que el Anglicanismo ha podido exponer sus opiniones sobre la Iglesia ante una gran Conferencia mundial que era predominantemente evangélica. Esto ha sido un descubrimiento para muchos pastores continentales, que han tenido

que darse cuenta de que el Anglicanismo no es ni meramente protestante ni meramente católico, sino ambas cosas, y es la Iglesia más acogedora (*roomiest*), pues combina elementos de la antigua Cristiandad con experiencias hechas en el tiempo de la Reforma.

Por otra parte, el Anglicanismo se sintió enfrentado en esta Conferencia con las fuerzas protestantes del mundo unidas, y descubrió que el Protestantismo no está principalmente interesado con el individualismo, el criticismo y el subjetivismo, sino que tiene un gran frente común que lucha firmemente por la vida espiritual enseñada en el Evangelio, por la libertad evangélica y por la justificación por la fe.

Esta amistosa discusión entre el Anglicanismo y el Protestantismo mundial es, verdaderamente, uno de los grandes rasgos de esta Conferencia, y más importante en sí mismo que la actitud del grupo ortodoxo (la Iglesia griega), cuya inmovilidad dogmática sorprendió quizá un poquito aun a sus mismos amigos anglicanos.

4.^a La Conferencia significa un primer paso hacia una teología ecuménica. La teología confesional o denominacional está aún dominando la vida eclesiástica de hoy; pero con la visión de una sola Iglesia surge un nuevo problema teológico, que demanda un pensar teológico unido, así como una acción corporativa.

5.^a De ninguna parte vino este llamamiento con más fuerza que del campo misionero. Si la unidad es un deseo para las Iglesias occidentales, es una necesidad para las Iglesias de Japón, China e India. Al recomendar esta demanda a las Iglesias antiguas, estas Iglesias jóvenes han ganado definitivamente voz y voto en el gran concilio de la Iglesia Cristiana.

6.^a Las grandes dificultades para llegar a un común acuerdo en las cuestiones de fe y orden, han justificado una vez más el método de ocuparse de las cuestiones de Cristianismo práctico (vida y trabajo) para buscar primeramente la unidad por el camino del amor cristiano. De aquí en adelante, los dos movimientos, muy íntimamente ligados en el Comité de continuación, que representa tanto el Amor cristiano como la Fe cristiana, se resuelven a buscar la clase de unidad espiritual en una Iglesia visible, que es la esperanza de todos los cristianos.

7.^a Hase reconocido por la primera vez que las diferentes Iglesias tienen su don especial (carisma) y todas han de hacer su aportación, en Amor y Fe, para la edificación de una Iglesia que Cristo fundó.

ESTE NUMERO
HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA

SIGUIENDO A JESÚS

Maestro, te seguiré dondequiera que fueres.

MATEO, VIII, 19.

...los que siguen al Cordero por dondequiera que va.

APOCALIPSIS, XIV, 4.

RECORRÍA Jesús todas las ciudades y aldeas enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el Evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. «Le siguieron.» He aquí dos oraciones con las que los evangelistas, y especialmente Mateo, expresan uno de los aspectos del Ministerio de Jesús y sus efectos. Cuando Juan el Bautista, en presencia de dos discípulos suyos, señaló a Cristo como el Cordero de Dios, produjo en ellos tal impresión, que le siguieron; y fueron tales las emociones que el Rabí despertó en sus corazones, tan sólo con haber conversado unas horas, que no sólo éstos, sino más tarde los hermanos, paisanos y compañeros, respondieron, *ipso facto*, al llamamiento que el Cristo, en su día, les hizo con un «sigueme», un «venid en pos de Mí».

La misma impresión, idénticas emociones, despertó Cristo individual y colectivamente, enseñando, predicando y sanando; y siempre, y en todas partes que la sublime, gloriosa, divina y humana figura de Jesús ha sido presentada, ha sucedido lo mismo. Por dondequiera que las enseñanzas del Evangelio se han difundido, y el nombre de Cristo proclamado, bien en las magníficas catedrales, ya en las humildes capillas, ora en el más pequeño recinto o en la misma calle, han sentido las almas vibrar en sí mismas ese quid divino de aquel que, como dice el Apóstol, nos ha sido hecho por Dios sabiduría. Lo que Mateo el publicano sintió y experimentó cuando la voz del Maestro le arrancó del banco de los tributos para seguirle, es lo mismo que en los tres años del Ministerio de Jesús pudo Él observar, y que durante todos los siglos de Cristianismo ha sido la experiencia de la Iglesia. Es un hecho que empezó con Jesús, y que ha venido ocurriendo de un modo inmutable solamente con Jesús, y con ningún otro antes y después de Él. Será una experiencia idéntica hasta la consumación del siglo.

Pero Nuestro Señor Jesucristo, la causa de estas benditas impresión y emociones, nos presenta el reverso de la moneda y nos señala el medio, la norma, para que, si no hemos de ser contados precisamente entre los ciento cuarenta y cuatro mil señalados, «rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero» (Apocalipsis, XIV), al menos seamos súbditos de ese «reino de los cielos», y nuestros nombres estén escritos en el Libro de la Vida. Ni las impresiones, ni las emociones, ni los estados de opinión originados por el Evangelio son

títulos suficientes para considerarnos herederos de ese reino que Cristo nos ha preparado. Son cosas muy estimables, no despreciables, y que han producido buenos resultados en muchas ocasiones. Es, sencillamente, ser aptos.

Lo que ocurre en la vida ordinaria sucede también en lo espiritual. Un título académico, aunque obtenido con notas brillantísimas, no es, por sí solo, suficiente para triunfar en nuestra profesión. El abogado, el médico, el mecánico, etc., necesitan, no sólo el título para ejercer su profesión, sino idoneidad, capacidad, utilidad. Así también debe suceder siguiendo a Jesús. Aquel joven rico que presentó a Jesús su certificado mosaico para poseer la vida eterna; el escriba que declaró su aspiración, el que a instancias de Cristo, como el otro que mostró sus deseos y propósitos de seguirle, *sub conditione*, fueron casos que movieron a Jesús a declarar, por medio de un ejemplo, la conducta a seguir para seguirle y conseguir la capacidad de entrar en el reino. «Ninguno que mira atrás, después de haber puesto la mano en el arado, es apto para el reino de Dios».

Esta comparación que Jesús empleó nos sugiere el principio de capital importancia para llegar a ser aptos. Muy sencilla: no mirar atrás. Cristo, con su exquisita observación, dirige nuestras mentes y nuestros sentidos hacia el labrador y su faena en el campo. Si las impresiones recibidas y las emociones sentidas nos han impulsado a poner nuestra mano en el arado, nos resta una cosa: no mirar atrás. Tenemos, como el labrador, que abrir el surco, o sea, servir a Dios, agradarle. No podemos creer sin contraer una obligación. Debemos dejarlo todo. No dejarnos arrastrar por consideraciones extrañas al espíritu de Cristo, no preocuparnos por el qué dirán o por el cuidado desmedido en conservar nuestra posición, nuestro rango, nuestras relaciones. Permanecer en la indolencia, la pereza de espíritu, el atavismo, evitar el sufrimiento a toda costa. Todo esto es mirar atrás. Marchar con Cristo es el deseo diario y sumo que en Él hubo: el hacer la voluntad de Dios en todo y por todo. Abrir un surco en la tierra no es tan fácil, ni aun para el labrador experimentado.

No podemos mirar atrás, so pena de que tracemos mal el surco. El cristiano debe seguir a Jesús trazando bien el surco. Necesitamos mirar adelante para no alejarnos de la buena dirección, que es la humildad en el verdadero y completo sentido de la palabra. Jesús fué siempre, en todo lo que dijo y lo que hizo, en sus obras de poder como en sus sufrimientos, un servidor. No vino para ser servido, sino para servir. La humildad, desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, fué el camino, la dirección que le condujo

a la gloria, sin apartarse jamás, sin mirar atrás, por lo que recibió un nombre que es sobre todo nombre: «El Rey de reyes».

La humildad es la dirección normal que hemos de llevar, sin que nuestra susceptibilidad, el trabajo que nos cuesta reconocer nuestros errores, el pedir perdón por las faltas que hemos cometido u ofensas inferidas al prójimo o al hermano, nos desvien en nuestra profesión de cristianos. Cuando tratamos de medir el surco que ha sido trazado o vivimos de nuestra actividad, de nuestra virtud, de nuestra fama de cristiano, de hacer nuestra justicia para ser vista del mundo, y nos recreamos en nuestra bondad, nuestra fe, nuestra santidad, hemos mirado atrás, y el surco ha salido defectuoso, torcido.

El discípulo de Cristo dispone de talentos que Dios le ha concedido para el cumplimiento de su trabajo siguiendo a Jesús. Como el labrador, para arar el terreno, cuenta con los medios necesarios, el arado formado de diferentes piezas y la fuerza para la tracción, así nosotros tenemos energías físicas y morales, las fuerzas del alma y del cuerpo, imaginación, memoria, deseos, diversos apetitos, voluntad, que son instrumentos de actividad. Varian, son distintos, por su calidad y cantidad, en cada uno; pero siempre, y en todos, estas facultades deben ser gobernadas, disciplinadas, estimuladas, desarrolladas para el buen desempeño de la obra en que hemos puesto mano. La atención, la vigilancia, la reflexión y la perseverancia, son condiciones indispensables para el éxito. Mirar atrás es complacerse en las obras infructuosas de la carne, lamentarse de la situación, estar descontento de su talento, lamentándonos y excusando no tener el espíritu, la fe, las facultades que otros poseen. Gemimos por el pasado, acusamos a nuestros parientes o amigos, al medio ambiente, a las circunstancias, a la tradición, en vez de llorar nuestro propio pecado, nuestra infidelidad, presunción, falta de valor, etc.

Las promesas que Jesús ha hecho a los que le siguen son ricas y preciosas. Impresionado Pedro por la conducta de aquel joven rico que se cerró las puertas del reino de Dios, y comparándola con la suya y la de sus condiscípulos, espontáneamente dijo a su Maestro: «He aquí, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?» «Doce tronos» — contestóle Jesús, y añadió lo que habrá de recibir todo el que le haya seguido: la vida eterna, y muchas veces, más de lo que dejó en afectos o en heredades, en personas o cosas, siguiendo a Jesús.

JOAQUÍN MEZO

Agente de ESPAÑA EVANGÉLICA en el Uruguay:

D. MANUEL PUCH

Avenida de Gonzalo Ramírez, 1725.

MONTEVIDEO

CARTA ABIERTA

Sr. D. Fernando Cabrera.

Distinguido amigo: La proximidad del curso me sugiere una observación, que repetidamente tengo hecha a varios evangélicos españoles.

Yo, que no soy protestante, he lamentado numerosas veces la ausencia de sus teólogos de las tribunas públicas. Podrán ser algunas de sus tesis cristianamente falsas; al menos podremos considerarlas falsas nosotros los católicos, a la luz de nuestra teología; pero son ustedes en la vida pública un elemento indispensable de liberación de las conciencias y de cristianización social. Las grandes nacionalidades del mundo las ha creado el espíritu de protesta contra Roma. Yo me disgusto seriamente al verles a ustedes, a sus teólogos, reclusos en sus templos, donde timidamente, esperando todos los días alguna coacción legal o social, oyen la voz de sus pastores sólo la todavía relativamente escasa grey evangélica española.

A pesar de las leyes españolas; a pesar del engreimiento del clericalismo que, de un tiempo a esta parte, se agita aquí como en país conquistado, ustedes pueden y deben hacer mucho más, y yo les diré cómo.

Deben ustedes hacer que unos cuantos hombres de los suyos, seleccionados, ingresen en las Academias y en los centros de cultura de España, donde, a pesar de la dictadura reinante, tienen ustedes bastante expeditas las tribunas, principalmente si actúan en ellas, no como pastores o como misioneros protestantes, sino como simples ciudadanos conocedores de las ciencias religiosas.

En la Real Academia de Jurisprudencia de Madrid, por ejemplo, podrían ustedes hacer una labor provechosa, por la categoría del público que allí se congrega; desde tan excelsa tribuna podrían ustedes ayudarme en la preparación de la próximamente futura legislación religiosa de España. Si los grandes problemas religiosos no se agitan hoy científicamente en medios de altura, con miras a nuestro futuro porvenir legal, tenemos gran parte de culpa ustedes y yo, sin que podamos excusarnos del todo en las excepcionales circunstancias públicas de restricción. Bien es verdad que, independientemente de la censura gubernamental, que conmigo ha sido casi siempre indulgente, pesan sobre mí gran número de otras censuras más poderosas que, al amparo de las referidas excepcionales circunstancias públicas, me tienen forzosamente inmovilizado. Pero, así y todo, me reconozco culpable de inacción.

Hombres suyos conozco yo en distintos puntos de España, de gran talento, de singular cultura, de ejemplaridad de vida y de don de palabra que, si en vez de limitarse a predicar sencillamente el Evangelio en sus pequeñas capillas, dieran

oportunas y repetidas conferencias en los ateneos, casinos, sociedades de cultura, harían labor espiritual más extensa y duradera. Siendo socios de dichos centros, tendrían derecho a ocupar sus tribunas. No presentándose como tales pastores o como tales misioneros, sino como ciudadanos cualesquiera que tocan temas en que están especializados; temas, por otra parte, de tal manera preparados y anunciados que no les fuera fácil conseguir su prohibición a los eternos enemigos de la libertad de conciencia, no serían ustedes recibidos con prevención por la opinión pública prevenida y desorientada.

¿No podríamos todos juntos, ustedes protestantes y yo católico, preparar un plan de mutua colaboración en este orden de cosas para iniciarlo en el curso próximo? Tenemos un programa mínimo común de mucha consideración. Ustedes, replegados en sus templos y capillas, saldrían a la vida pública, a la luz de la calle; les conocería a ustedes la España culta, la España dirigente...; y mañana, en un mañana próximo, podría pesar el espíritu de la Reforma, el de la neo-reforma, en la liberación espiritual de España. Tienen ustedes demasiado temor a la legalidad española; es ella suficiente para que puedan ustedes presentarse en público con la noble altivez de la conciencia recta; todo, menos acurrucarse y amilarse en sus capillitas. No basta que hagan culto religioso; deben ayudarnos a los católicos rebeldes, desde las tribunas donde les oigan todos, a hacer además ciencia religiosa. Sus pequeñas revistas y sus pequeñas capillas son insuficientes; más que la obra de un año entero en todas ellas sería provechosa una buena conferencia de uno de sus recios teólogos desde la alta tribuna de la Real Academia de Jurisprudencia de Madrid.

No pueden ustedes seguir viviendo aislados y como secuestrados; deben ustedes cultivar las relaciones con los prohombres políticos de todos los partidos liberales, familiarizarse con el público culto de academias y ateneos, salir a la vida colectiva en convivencia franca con toda la sociedad española.

España no les conoce y debe conocerles, para que desaparezca la tradicional prevención de considerarles como apesados...

Un poquito de valor, un poquito de audacia, una resolución final... y a actuar.

Tal desearía ardientemente, y para ello está dispuesto a prestarles su modestísimo apoyo su buen amigo y servidor,

q. e. s. m.,

JAIME TORRUBIANO RIPOLL

En estas dos invitaciones del amor divino y direcciones de infinita sabiduría, «Venid a Mí» y «Estad en Mí», se hallan escondidas todas las riquezas de nuestra salvación. Bienaventurados son los que vienen; más todavía los que están. La primera es una bendición aquí; la segunda para toda la eternidad.

PADRE NUESTRO

Padre nuestro. Lo es por derecho de creación, por su abundante provisión y por la adopción.

Que estás en el cielo, que es el trono de su señorío, el templo de su gloria, la mansión de sus ángeles y redimidos.

Santificado sea tu nombre por los pensamientos de nuestros corazones, por las palabras de nuestros labios y por las obras de nuestras manos.

Venga tu reino; el reino de tu providencia para defendernos, el reino de tu gracia para purificarnos y el reino de tu gloria para coronarnos.

Sea hecha tu voluntad en nosotros sin resistencia, por nosotros sin compulsión y por todos los seres creados sin excepción.

Danos hoy el pan que necesitan nuestros cuerpos y el pan de vida para nuestras almas.

Perdona nuestras ofensas contra los mandatos de tu ley y contra la gracia de tu Evangelio.

Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden difamando nuestro nombre, quitándonos nuestros bienes y pisando nuestros derechos.

No nos metas en la tentación de aflicciones insoportables, del favor del mundo, de la seducción del error, de afectos carnales.

Libranos del mal interno por el poder de tu Espíritu, y del externo, por la completa redención prometida en tu palabra.

Tuyo es el reino. Tu reino gobierna a todos; tu poder sujeta a todos, y tu gloria es sobre todo.

Amén. Como son tus propósitos, así son tus promesas; así sean nuestras oraciones, así será tu alabanza.

□~~~~~□

CALENDARIO HEBRAICO

Un suscriptor nos pregunta acerca del número de meses en el año hebraico. La siguiente es la lista de sus nombres, y en el orden en que se sucedían en el año eclesiástico:

- | | | |
|---------------|-------------------|-------------|
| 1. Nisan, | correspondiente a | Marzo. |
| 2. Yiar, | » | Abril. |
| 3. Sivan, | » | Mayo. |
| 4. Tamuz, | » | Junio. |
| 5. Ab, | » | Julio. |
| 6. Elul, | » | Agosto. |
| 7. Tisri. | » | Septiembre. |
| 8. Marjesvan, | » | Octubre. |
| 9. Jesleu, | » | Noviembre. |
| 10. Tebet, | » | Diciembre. |
| 11. Sebat, | » | Enero. |
| 12. Adar, | » | Febrero. |

El año civil comenzaba con el mes de Tisri o Septiembre.

Como esos meses eran lunares, el número total de días en el año era de 354, y seis horas. Para suplir esta falta y establecer una correspondencia con el año solar, los judíos intercalaban cada tres años un mes adicional (el décimotercero), que llamaban *Ve-Adar* o Adar-segundo.

IMPRESIONES DE UN VIAJE A ALEMANIA

1

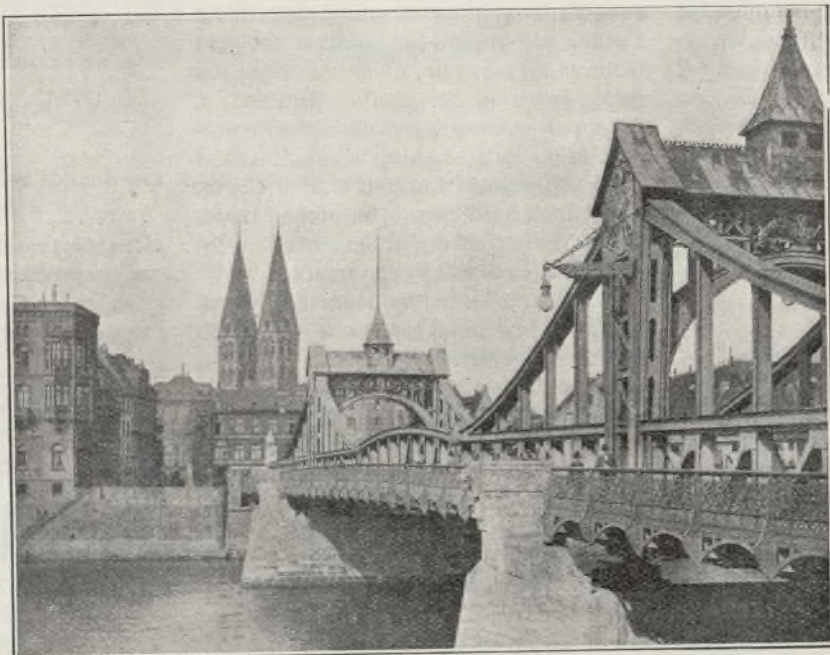
EN 1925, al abandonar la Orden del Císter para alistarme en las banderas del protestantismo, por disposición providencial y mediante el pastor D. Teodoro Fliedner, me trasladé al país de la Reforma al objeto de abreviarme en las aguas del cristianismo depurado, conquistado por aquel hombre intrépido y baluarte de la fe, Lutero.

Diffíciles fueron para mí los primeros momentos de estancia en aquella nación germana, cuya lengua y costumbres tanto contrastan con las de nuestro pueblo. Mas no transcurrió mucho tiempo cuando la amistad de excelentes personas y pastores trocó aquellos tristes momentos en gozo y alegría. Algunos de estos hermanos en la fe, antiguos admiradores de nuestra España, conocieron bien pronto los sentimientos que me animaban y no escatimaron tiempo ni sacrificios personales por complacerme y ayudarme. Los que no conocían nuestro idioma me manifestaban también con una sonrisa en sus labios la cordialidad con que me acogían en sus casas como familiar y huésped.

Algunos meses más tarde podía ya entender un poco el alemán y ¡cuál no era mi gozo y satisfacción al poder seguir las predicaciones, conversaciones familiares en casa de pastores y amigos, y alternar con el pueblo en sus discusiones religiosas, políticas o de otra índole! El conocimiento de la lengua alemana había de abrir un nuevo camino espiritual para mí porvenir.

Ya antes de poder expresarme y entender la lengua de Goethe y Schiller, dime cuenta de las grandes virtudes que adornaban al pueblo alemán, cuyo fundamento por entonces ignoraba. ¿Provenían éstas de una educación refinada? ¿Eran efecto de su fe cristiana? Si lo primero, dichas virtudes no podían calificarse de tales; si lo segundo, tal comportamiento era para mí un ejemplo nunca visto en el mundo católico, digno de toda loa e imitación. ¡Cuántas veces invadíronme estos pensamientos, sin que pudiera emitir un juicio! Uno de mis amigos interrogado explicóme la causa de tal conducta. No dudaba que sus palabras iban a ser la expresión del concepto

que yo para mí habíame formado. El pueblo alemán está educado en un cristianismo sólido, cuya conciencia se halla frente a frente de su Dios y Redentor. Desde sus más tiernos años, el alemán recibe una formación cimentada y seria de la religión que sus padres heredaron de la Reforma. El cristianismo evangélico, decíame mi amigo, no tiene otra ley que la del «Agradecimiento». Y un hombre cuya alma rebosa de agradecimiento



BREMA
Puente sobre el Weser, y al fondo las torres de la catedral.

to, hace libremente, como dice Lutero, más de lo que se puede ordenar. Estas palabras conmovieronme profundamente. Entonces comprendí el porqué el alemán ama sinceramente al prójimo, respeta la propiedad, no blasfema, guarda con todo rigor las fiestas de precepto, etc. Es que el alemán no es hipócrita: o es cristiano y como tal imita a Cristo en su vida y obras, aunque bien convencido está de que todo cuanto hace es imperfecto, o no lo es y entonces se exhibe tal cual es, liberal, racionalista, ateo, etc., pero sin hacer nunca traición a su conciencia.

¡Qué contraste con el cuadro que hoy se nos ofrece a nuestra vista en esta España, donde la religión no es más que un puro negocio!

La religión en Alemania no es, pues, una religión idealista, como muchos la han calificado, sino una religión de obras.

El alemán, no sólo está contento y tranquilo de poseer aquel «Dios clemente» que con tanta ansia lo estuvo buscando Lutero, sino que se siente noblemente orgulloso de haber logrado con la Reforma un grado tal de cultura que hoy rebasa a todo pueblo del orbe.

Dos terceras partes de Alemania son

hoy todavía fervientes cristianos evangélicos, y sólo una se la disputan los católicos y los judíos.

La primera ciudad alemana que pisaron mis pies fué Brema. Esta ciudad libre, de más de 300.000 habitantes, fué antiguamente un obispado católico; hoy apenas si se cuentan 30.000 de éstos y el resto son evangélicos.

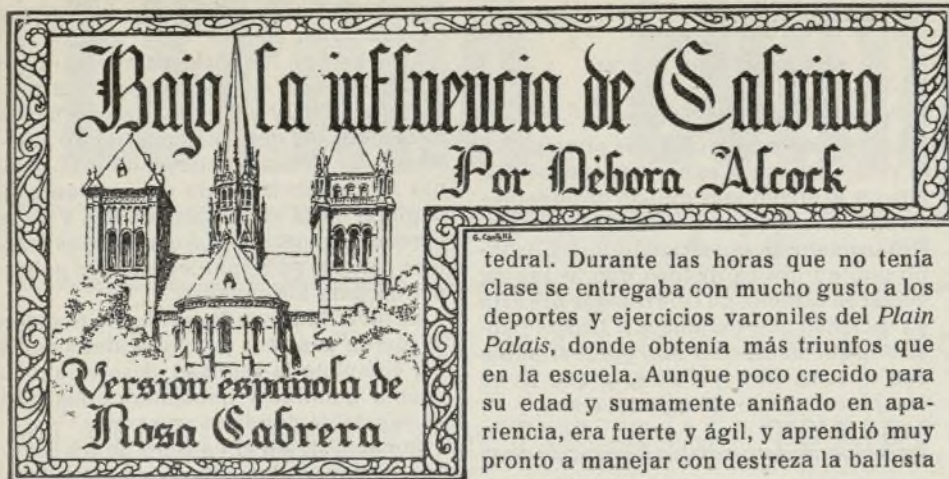
La grandiosa catedral, que por sus dos esbeltas agujas se destaca por encima de toda la ciudad, está hoy consagrada al culto protestante. Su interior sólo respira sencillez y recogimiento. Tres amplias naves dividen el templo. En medio, en el fondo, se eleva un hermoso altar, y en la nave izquierda, una preciosa estatua de Jesús en actitud clemente y bondadosa. Allí no hay ídolos ni figuras que distraigan la atención de los fieles. Cuantas veces he asistido a los cultos en este templo, que por cierto han sido muchas, siempre me he apropiado aquellas palabras de Jacob: «Cuán bien se está en este lugar; esta es la casa de Dios y la puerta del cielo». Otras dos gigantescas y no menos valiosas iglesias existen en la misma capital, que también pertenecieron a los católicos, la de San Augario y Nuestra Señora, y las demás, muy numerosas, son de construcción posterior a la Reforma. Sólo tres son católicas. Los bremenses, como fervorosos cristianos, no podían olvidar a su primer apóstol del Evangelio, al religioso Willehade, y para conmemorarlo le han erigido una monumental estatua en la plaza de la Catedral, que es la admiración de cuantos visitan esta ilustre ciudad hanseática.

Existen obras e instituciones religiosas que por su importancia merecen un artículo aparte, y de las cuales me ocuparé otra vez para edificación de toda la comunidad de fieles evangélicos españoles.

DAMIÁN PEDROSA

□~~~~~□

Una secta o casta rara de la India son los gurus. Se oponen a quitar la vida a cualquier animal o insecto. A menudo llevan tapada la boca con una tela fina, a fin de evitar el tragar alguna mosca o mosquito. Al sentarse, cepillan primero el banco, y al caminar, algunos gurus barren el camino delante de sus pies, con el objeto de quitar cualquier insecto que haya en él.



(Continuación.)

CAPÍTULO IX

UN DESASTRE Y UNA APELACIÓN

Casi todo lo que del resto de aquel triste invierno pudo recordar después Norberto era el frío, frío interno y frío externo. Todas las mañanas se levantaba antes de la seis, vistiéndose a oscuras con la ropa, que no le habría estorbado si hubiera sido de más abrigo, y bajaba a la cocina, donde se desayunaba con la familia, recibiendo después un pedazo de pan y una rebanada de queso o un puñado de higos o pasas que le daba la señora Calvino para la *gouté* o merienda que comían los estudiantes en la escuela a cosa de las once, mientras repasaban las lecciones.

Libros y pizarra en mano atravesaba las oscuras calles, cambiando con sus discípulos saludos y observaciones que debían ser necesariamente en latín, si bien era indiferente que fuese más o menos castizo. Al llegar a la escuela ocupaba su puesto en el gran salón, desmantelado y mal alumbrado, y permanecía en pie o de rodillas durante los primeros ejercicios, temblando de frío y fijando tristes miradas en el sitio que solía ocupar antes Luis de Marsac. En las lecciones y recitados que seguían, y que eran principalmente en griego y latín, muy bien enseñados, su interés era absolutamente nulo; pero como tenía buena memoria y lo que denominaban «condiciones excelentes», siempre conseguía saber lo indispensable para salir del paso y evitar el castigo. Había un intervalo de dos horas para la merienda y el recreo, y después, una hora de música sagrada, que era la clase más agradable para Norberto. A las cuatro se reunían todos los alumnos en el salón grande, y tres de ellos, por turno, recitaban el Credo, el Padrenuestro y los diez Mandamientos, todo en francés. El director daba luego la bendición, y cada uno se iba a su casa; Norberto, muy contento cuando le salía su padre al encuentro. Los miércoles y sábados había media vacación, si bien Norberto creía pagar demasiado cara la primera, con la obligación de asistir a un largo culto en la Ca-

tedral. Durante las horas que no tenía clase se entregaba con mucho gusto a los deportes y ejercicios varoniles del *Plain Palais*, donde obtenía más triunfos que en la escuela. Aunque poco crecido para su edad y sumamente aninado en apariencia, era fuerte y ágil, y aprendió muy pronto a manejar con destreza la ballesta y el arcabuz.

Exceptuando la influencia de su padre, que siempre estaba ausente, todo contribuía por aquel tiempo a hacerle insensible. Había perdido a su amigo y camarada, al que admiraba, tomándole por modelo, y quien, sin darse aires de superioridad, había logrado contenerlo dentro de los límites de una conducta buena y ordenada. Al mismo tiempo se veía también privado de su acariciada ilusión, de su particular ideal novelesco, que hasta entonces iluminara las desoladoras tinieblas de su vida cotidiana, no habiéndole ocurrido jamás que podía hacer traición a su amigo o disputarle el premio que ambos ambicionaban. Luis era el mejor de los dos, y él debía ganarlo; aquél era su destino, y había de cumplirse. Todo se ponía en contra suya en aquella triste y austera Ginebra. ¡Cómo la aborrecía y cuánto deseaba hallarse otra vez en *La Belle France*!

Si hubiera tenido la buena suerte de seguir allí y terminar su educación, podía haber ido después a París y ver al Rey, a la Corte bailando en las danzas y mascaradas, peleando en las guerras y ganando gloria y fama. Bien... Quizá un día... ¿Quién podía saberlo?

Cuando su padre regresaba de sus viajes, las cosas no presentaban tan mal aspecto, diciéndose entonces que se alegraba de haberle acompañado a Ginebra. Solían pasear juntos por las «Crestas» o ir a los círculos frecuentados por emigrados franceses para saber las noticias del día referentes a los progresos del Protestantismo, únicas que les interesaban; y el padre solía presenciar con gusto las hazañas del hijo en los juegos del *Plain Palais*.

Germán de Caulaincourt fué uno de los cincuenta emigrados franceses notables a quienes se concedió por aquel tiempo el derecho de ciudadanía en Ginebra. Se aprobaba su trabajo, y él lo amaba más y se deleitaba más en él cada día, demostrando tener aptitudes y talentos de que nunca hasta entonces se había creído susceptible, y muchas veces pensaba con agradecimiento que Dios le hacía fructífero en el país de su destierro.

En una de las ausencias de De Caulaincourt, bastante larga por cierto, a princi-

pios del año, se aumentaron singularmente las desgracias de Norberto. Hasta entonces lo habían tratado en la escuela con relativa indulgencia, creyéndole más joven de lo que realmente era, y no sospechando nadie que aquel jovencuelo de aspecto tan tierno y tan hermoso rostro pudiese obrar mal a sabiendas. De ahí que todos se sorprendieran cuando «el niño del Sr. De Caulaincourt», como le llamaban, se vió envuelto en una cuestión algo seria. Disputando con otro muchacho sobre un juego de azar, ya de suyo prohibido por las leyes, se enojó tanto, que juró por el sagrado nombre, del cual había oído hablar siempre en Francia con ligereza. Alguien que le oyó lo puso en conocimiento del comisario de su barrio, y fué citado para recibir el condigno castigo, no en la escuela, sino en presencia de un magistrado.

Las nuevas leyes de Ginebra disponían que el que jurase con profanación fuera castigado con una multa de poca consideración, y de rodillas, besando el suelo, pidiese perdón a Dios y a la ciudad. Norberto ofreció pagar la multa, vendiendo al efecto uno de sus libros de escuela; pero se negó en absoluto a llevar a cabo el reconocimiento público de su falta, y sabiendo que la segunda ofensa se castigaba con un día de cárcel, la cometió allí mismo, jurando de nuevo que jamás se sometería a tal degradación. Así se granjeó veinticuatro horas largas, muy largas por cierto, en las impenetrables tinieblas de una celda subterránea en la cárcel del «Obispado». Y no lo hubieran soltado ni aun entonces, toda vez que su insolencia era una nueva ofensa, a no mediar la compasión que les inspiraba el «pobre niño», cuyo padre, en aquellos momentos, arriesgaba su vida por la causa del Evangelio. Enviáronlo a la escuela, advirtiéndolo a los directores que no le perdieran de vista, y el resultado de tal observación fué ver que no mostraba el menor interés en los ejercicios espirituales; que hacía con muy poco cuidado el trabajo de la escuela; que su carácter era violento, y que más de una vez se había defendido a puñetazos, sistema de terminar las disputas que era antiguo en Ginebra y se rechazaba ya enérgicamente.

Pasó al fin el invierno; la tierra entró otra vez en posesión de su magnífico legado primaveral, y Norberto, sin darse él mismo cuenta, sintió el influjo de la estación. Una hermosísima tarde de Abril, al salir de la escuela, llegó a su casa saltando, cual si hubiera pensado que el mundo, hasta el de Ginebra, no era malo para vivir en él.

(Continuará.)

ESPAÑA EVANGÉLICA
se vende en Sabadell, en la
Librería de Piferrer.

Esfuerzo Cristiano

Cómo llevar otros a Cristo.

Dom., 18 de Septiembre. Juan, 1, 40-45;
4, 6-10.

Lecturas diarias.

Lunes . . Por una vida cristiana 1.ª Tim., 4, 12-16.
Martes . . Por pronta simpatía 1.ª Ped., 3, 8-12.
Miércoles . Por valor moral . . . Hech., 4, 13-20.
Jueves . . Por consejos personales . . . Hech., 26, 25-29.
Viernes . Por oración y fe . . . Marc., 7, 25-30.
Sábado . Por entusiasmo . . . Marc., 2, 1-4.

Sugestiones.

Esta es una reunión para que los cristianos hablen unos con otros acerca del trabajo más importante de sus vidas. Ganar almas era la obra de Cristo sobre la tierra, y debe ser el propósito de todo el que sigue a Cristo. Empezad la reunión con unos minutos de oración silenciosa, y después varios miembros oren, pidiendo la presencia y bendición de Dios y que el Espíritu Santo nos enseñe cómo podemos llevar a otros al Salvador. Después de esto, el que dirija pida a los miembros que hablen con entera libertad acerca del asunto, diciendo cómo fueron ganados para Cristo o cómo han podido por la ayuda de Dios inducir a otros a aceptar la salvación. En algunas sociedades cada miembro promete orar y hacer todo lo posible para traer una persona a Cristo durante el año, trayéndola a los cultos y hablándole de la salvación.

Ilustraciones.

«Y le trajo a Jesús.» ¿Encontramos en la Biblia palabras más agradables que éstas? Nos gusta llevar nuestros amigos a ver cosas hermosas y a disfrutar de algo agradable. ¿A cuántos hemos llevado a ver a Jesús? Este es el mejor uso que podemos hacer de nuestra influencia. Si podemos influir en un amigo nuestro para llevarle a alguna parte, debemos llevarle a Jesús. Encontraremos gozo cuando lo hagamos, y nuestros amigos nos lo agradecerán por el tiempo y por toda la eternidad.

Temas para pensar.

¿A quiénes debemos tratar de ganar primero para Cristo? ¿Por qué debemos llevar a otros a Cristo? ¿Qué nos enseña la Biblia acerca del deber y del privilegio del cristiano de traer a otros a Cristo?

Pensamientos.

Recordad que vuestra propia alma tiene que estar iluminada antes que podáis dar luz a otros. La fuente no se desbordaría con agua refrescante si no tuviera un manantial oculto. — Anónimo.

Si me dieran a escoger entre predicar como un arcángel, conmoviendo a los hombres a mi voluntad, pero sin llevarlos a Cristo, y tomarlos uno por uno y guiarlos a la verdad, ¡con cuánta alegría escogería lo último! — Moody.

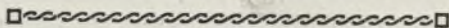
Un hombre se echó al río para salvar a un desconocido que se estaba ahogando. Cuando lo sacó a la orilla vió que era su hermano. Esto mismo experimenta todo el que salva un alma. — Anónimo.

Sociedades infantiles.

Aprendiendo a orar.

Dom., 18 de Septiembre. Mat., 6, 5-13.

La oración ocupa un lugar principal en la vida cristiana, y es natural que así sea, por ser el medio más directo de ponernos en comunicación con Dios, que es el objeto primero de nuestra religión. Cristiano que no ore es dudoso que lo sea de veras; en cambio, un corazón que ore está ya diciendo que pertenece a Cristo. Pensamos que la oración nos pone al habla con nuestro Dios y Padre, y que Él se complace en este diálogo del alma.



Escuela Dominical

División del reino.

18 de Septiembre. 1.º Rey, 12, 1-24.

TEXTO AUREO: *Antes del quebrantamiento, es la soberbia; y antes de la caída, la altivez de espíritu.* — Prov., 16, 18.

La monarquía israelita había sido desde un principio una monarquía democrática. Saúl, David y Salomón habían sido elegidos o reconocidos por reyes en asambleas populares, y a David le costó bastante tiempo ser reconocido por las tribus de Israel, aun después de reinar sobre la de Judá.

En esta ocasión, las tribus del Norte estaban decididas a obtener ciertas promesas del nuevo rey, antes de rendirle acatamiento. El esplendor del reinado de Salomón no se había alcanzado sin trabajo y sacrificios, que, como sucede siempre, habían pesado de una manera especial sobre el pueblo. Salomón había sacado de sus campos y aldeas a millares de hombres para trabajar gratuitamente en las grandes obras públicas realizadas por él. Los sencillos e independientes israelitas querían un cambio de cosas, y llamaron para que fuera su portavoz a Jeroboam, un hombre enérgico y astuto que se había expatriado en tiempo de Salomón, cuando el rey tuvo conocimiento del anuncio hecho por el profeta Ahías. (1.º Rey., 11, 26-40.)

Aun cuando el propósito de Jeroboam no fuera muy pacífico, la petición presen-

tada en nombre del pueblo fué justa y razonada.

El rey oyó a los ancianos y a los jóvenes. El consejo de los ancianos era prudente y sabio, y encierra una enseñanza para todos los que están puestos de autoridad: «Si tú fueras siervo de este pueblo. . .» En servir a toda una nación está la gloria de la verdadera realeza y de la verdadera autoridad. No viven los pueblos para los gobernantes, sino los gobernantes para los pueblos.

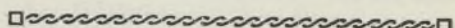
La juventud dorada, que había rodeado al rey en sus años juveniles, desconocía por completo la realidad, despreciaba al pueblo humilde y trabajador; creía que un rey debía dominar, no servir.

Roboam siguió el consejo de los jóvenes, hablando al pueblo en lenguaje duro imprudente y cruel.

La respuesta del pueblo fué la rebelión. «¡Israel, a tus estancias!», era un grito de guerra que había hecho vacilar el trono de David. (2.º Sam. 20, 1.) ¡Cuánto más el del inexperto Roboam!

La división de los dos reinos era un hecho preordenado por Dios, como castigo a los pecados de Salomón y de su corte. Cuando Roboam quiso remediar el mal con otro mal aún mayor, una guerra civil, Dios intervino para evitarla. Las oportunidades que Dios retira de los hombres, por infidelidades y desobedencias, no se recobran.

¡Qué contraste pudiera hacerse entre Cristo, el verdadero Rey de nuestras vidas, y Roboam! Cristo también viene a nosotros buscando nuestra voluntaria sumisión. Pero lejos de poner un pesado yugo sobre nosotros, quita de nuestros hombros la carga terrible de nuestros pecados, toma sobre sí todas nuestras enfermedades y dolencias, y nos libra del poder de nuestros enemigos. Su gloria más alta es la del servicio. «El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.»



OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

MAESTRA con título y grado de bachiller, se ofrece para un colegio evangélico. Dirijanse a la Srta. Josefina Balañá. — C. Ripoll, 22, pral., Barcelona.

TEXTOS ARTÍSTICOS DE PARED

Con adornos de flores finamente litografiadas y tipo plateado en relieve.
Tamaño: 26 x 20 centímetros.

Altos.

1. Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar. — Mat., 11, 28.
2. Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. — Juan, 11, 25.

Apaisados.

1. Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. — Sal., 46, 1.
2. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. — Gál., 6, 2.

Cada texto, 1,50 pesetas.

Sociedad de Publicaciones Religiosas. = Flor Alta, 2 y 4. = Madrid.